

Enterar en el piso de la familia Lázaro de la calle Ganduxer, en la zona residencial barcelonesa, es como entrar en un museo. O dicho de otro modo: es someterse a la contemplación de un documental formado por los recuerdos presentes en todas partes que nos van relatando, desde su elocuente silencio, la vida de un artista. Telas, dibujos, caricaturas, obras de arte dedicadas al tenor, fotografías, diplomas, placas, recuerdos de homenajes, recortes de periódicos. Hipólito Lázaro sigue estando omnipresente en esa vivienda donde su viuda, doña Juana Almeida, cubana de nacimiento y otrora su musa, y su hija Nelia, junto con las nietas, son una especie de vestales que no dejan apagar el fuego de un recuerdo al que siguen fieles. Esa fidelidad y esa devoción me han facilitado, sin duda, poder traer a Lloret una exposición —me parece que muy digna— evocadora de la vida y de la obra de Lázaro

Confieso que la primera vez que llamé a la casa de los Lázaro, ya con la intención de gestionar la cesión temporal de unos recuerdos para exponer, lo hice con la incógnita y la duda en la mente. Aunque a poco de dialogar con doña Juana, la viuda, me di cuenta de que la posibilidad existía y de que se iba haciendo realidad. La señora Lázaro se me presentaba un poco romántica, emotiva, de buena fe, abierta y cordial y predispuesta a colaborar con ese Lloret que ella tenía ya en su mente.

—Hay mucha gente —me decía— que por afán de coleccionismo o por intereses nos rondan para llevarse recuerdos de mi marido. Otros incluso nos hacen proposiciones monetarias. Y no es que éstas no nos convengan. Sin embargo, guardamos celosamente todas sus cosas y sólo nos desprenderemos de ellas por motivos justificados. Uno podría ser la simpatía que nos merece Lloret. Se lo aseguro. El día que tengan ustedes un museo les cederemos con mucho gusto el traje de marino usado por Hipólito y la partitura de “Marina” con sus anotaciones personales. “Marina” está dedicada a Lloret, por tanto estas piezas no pueden estar en mejor lugar.

La promesa de doña Juana, en principio condicionada al museo, ha sido luego realidad. La familia Lázaro quiere dejar ya en Lloret esta donación y la guardaremos cuidadosamente en una vitrina en alguno de los salones del Ayuntamiento, ahora que van a dignificarse las dependencias del mismo.

En una sala de sabor ochocentista de la vivienda de los Lázaro hay el piano, rodeado de multitud de recuerdos y una sillería de estilo isabelino.

—En ese sofá estuvo sentado el embajador de Cuba —me explica doña Juana—. Vino a proponer a mi marido que fuera a La Habana a ocupar un cargo importante dentro del mundo artístico. Mi marido le preguntó: —¿Y qué me pagará Fidel Castro? La cantidad ofrecida fue considerada irrisoria. Lázaro le espetó: —Conteste Vd. a Fidel Castro que si es preciso voy gratuitamente, pero que me devuelva las propiedades que tengo en Cuba.

En efecto, la familia Lázaro ha resultado muy perjudicada por la situación política cubana. La mayor parte de la fortuna la invirtió el ilustre tenor en fincas en aquella isla. Operado el cambio político, apenas perciben un céntimo. De ahí la situación angustiosa comentada en su día a través de la prensa por el propio cantante, paliada mientras vivió con los ingresos que le proporcionaban sus clases de canto. Ahora, la viuda se ha quedado sin esta ayuda.

Atravesando el pasillo, contemplamos una vez más las fotografías del tenor, fotos que revelan ese porte distinguido y gallardo que le fueron tan característicos. Doña Juana, nostálgica, recuerda: —Era un hombre muy atractivo, viril... Nelia, la hija, sonríe.

La señora Lázaro es un prodigio de recuerdos. El día del descubrimiento de la plaza, durante el recorrido por las calles de Lloret y tanto a la ida como a la vuelta, e igualmente durante la comida ofrecida a la familia y a las personalidades asistentes, me contaba infinidad de anécdotas. Me hablaba de la actuación de Lázaro en el Metropolitan de Nueva York, en 1917, de sus giras por Italia donde el público era devoto incondicional de Caruso hasta el punto de perdonar a éste todos los fallos que pudiera tener mientras eran muy exigentes y hostiles con los cantantes extranjeros. De las comparaciones de su marido con Gayerre. De las opiniones de Lázaro sobre el canto y sobre otros temas. —Para Hipólito el fasete era una mentira. El cuando cantaba no regateaba ni voz ni esfuerzo.

Y es que Lázaro tenía conciencia de su capacidad y de sus méritos. Lo cual no era obstáculo para que humildemente supiera pedir consejo a otro cantante famoso sobre la forma de emitir los tonos bajos o algunos matices especiales, como me cuenta su viuda.

Hipólito Lázaro, quizá sin proponérselo, fue un pregonero de nuestro pueblo. Cuando no existía ambición turística alguna, cuando todavía no habíamos pergeñado ningún slogan publicitario, aquella aria de Jorge era el primer aldabonazo que dio a conocer por todo el mundo la existencia de un pueblo llamado Lloret. Es más. Muchas veces Lázaro impuso “Marina” en la programación con lo cual merece nuestro recuerdo y homenaje. Barcelona, en su barrio natal de Gracia, Sitges y ahora Lloret, tienen sendas calles que perpetúan el nombre del artista.

D. Hipólito había nacido el 13 de septiembre de 1887. A los veinte años ingresó en el ejército como voluntario y estuvo en Olot, en el Batallón de Cazadores de Estella nº 14. En este cuerpo actuaba como músico y tocaba el saxofón. Los días de fiesta cantaba durante la misa en la iglesia de los Carmelitas. El 6 de septiembre de 1907 cantó “Marina” en el Teatro Principal, aprovechando la estancia y actuación de una compañía lírica. El 16 de julio de 1909 embarcaba para Africa, concretamente para Melilla. En las guerras de aquel entonces contra los insurrectos combatió heroicamente mereciendo la Medalla al Valor. Lázaro era ya todo un hombre. Había dejado atrás toda una historia de lucha en otros sentidos, porque el que sería ilustre tenor había quedado huérfano de

padre a los once años y había tenido que ayudar a su madre vendiendo periódicos, haciendo de jardinero, trabajando en una fábrica, sin olvidar su pasión por el canto, que cultivó en la coral de la barriada de Gracia, después de haber debutado en un papel cómico en el Café Vinyes. Allí en Africa se dice que su voz portentosa llegaba a ambos lados de contendientes y más de una vez había sido el aviso para el alto el fuego. El crítico musical de "El Heraldo de Madrid" y don Francisco Peris Mencheta le oyeron y quedaron gratamente impresionados, hasta el punto de que consiguieron ponerlo a salvo de la guerra manteniéndolo dos años en un hospital de Málaga y luego en Córdoba, donde terminó cantando cada noche en casa de la Condensa de Hornachuelos. Vuelto a Barcelona, se dedicó ya plenamente a la música. El Novedades, el Tívoli y el Bosque, entonces teatro, supieron de sus primeros éxitos. Hizo una gira por Cataluña, tras la cual marchó a estudiar a Italia, país que recorrió también en una gira económicamente de poco interés. Luego marchó a Londres. Estrena en 1913 en la Scala de Milán "La Parisina", con la que comenzaría ya su larga carrera de triunfos y creaciones, proseguidas después con los estrenos de "Yolanda", de Arregui, en el Teatro Real de Madrid, "Il piccolo Marat" en el Real de Roma, etc. etc. A los 63 años todavía tuvo arrestos para despedirse triunfalmente del público cubano con unas memorables interpretaciones de "Aida" y "Rigoletto". Era el año 1950. Cinco más tarde, con ocasión del Centenario de "Marina" Lázaro, como otro Jorge, pisaba nuestras playas y durante una de las representaciones subía al escenario para recibir el unánime homenaje de todos los lloretenses allí congregados. Un fallo de las piernas primero y del corazón después se lo llevaba a la tumba el 14 de mayo de 1974 en el hospital de Nuestra Sra. del Mar

Muchas de esas notas biográficas resultan evocadas en la exposición de homenaje montada en los bajos del Ayuntamiento. Un atento repaso al material expuesto nos hace presente a Lázaro a través de sus trajes en las óperas "Carmen", "Rigoletto", "Fausto", "I Puritani", "Marina", "Il Piccolo Marat", "La Favorita", etc. Contemplando uno de los vestidos usados por Lázaro en esta última comentaba otro gran cantante, Manuel Gas, asistente al homenaje, que él había debutado precisamente con esta obra. Las fotografías y los comentarios periodísticos ayudan también a trazar el perfil de Lázaro. Como esas partituras, auténticas joyas para los coleccionistas, con las dedicatorias expresas de Toscanini, Giordano, Mascagni, celebrando los triunfos operísticos y las creaciones de Lázaro en la Scala de Milan, en Roma y otros sitios, así como la firma autógrafa de los compañeros del tenor en el reparto de la obra. O los pergaminos, testimonio fehaciente de algunos homenajes importantes no sólo en España, sino allende las fronteras, como el caso de sus admiradores de la Arena de Verona. Y el recuerdo de las imposiciones de la Medalla de la Provincia, por parte de la Excm. Diputación de Barcelona, y de la Medalla al Mérito Artístico, por el Excmo. Ayuntamiento. La exposición ha significado una muestra de ese museo privado que es la casa Lázaro, con su armario repleto de trajes de óperas y el baúl que sabía de viajes y más viajes. De esos periplos al regreso de los cuales se traía siempre don Hipólito el recuerdo artístico en forma unas veces de plato chino, otras de cerámica rusa, etc. Es imposible recordar, a vuela pluma, la de objetos que hay en los salones de la vivienda. Ahora, junto a tantos homenajes y tantas placas, habrá un rinconcito para la placa de Lloret que, como decíamos en el acto de la entrega, aunque de metal y mármol, dos materiales de suyo frios, contiene precisamente el calor y el afecto de todos los lloretenses agradecidos. Y en Lloret quedará, al final de su singladura, ese traje de marino como si todavía lo llenara la gran humanidad de Lázaro y como si de él siguiera saliendo aquel "Costa la de Levante, Playa la de Lloret".

Entre las personalidades asistentes al homenaje debemos recordar al catedrático Font Altaba, concejal del Ayuntamiento de Barcelona, en representación del alcalde; al director del Conservatorio, Maestro Pich Santasusana; al escultor Sr. Salanguera; al cantante ya citado don Manuel Gas, a los señores Tió, Peix y otros cuyo nombre sentimos no recordar. La situación política no permitió la presencia de autoridades provinciales de Gerona y Barcelona tal como estaba previsto. Así, en lo tocante a asistencia, hubo algunos imponderables. La pincelada juvenil estuvo representada por las Pubillas de Lloret, srtas. Tort y Escribano. Y hemos dejado un asistente de excepción para el final, porque fue por cierto el que cerró los parlamentos con unas palabras brillantes en las que puso de relieve el afecto de los asistentes hacia la familia Lázaro y la admiración hacia don Hipólito y leyó un soneto compuesto por él dedicado al tenor. En alguno de los números próximos de Lloret Gaceta trataré de que Mario Cabré me envíe el texto del citado poema y permita su publicación en nuestra revista.

Se recibieron adhesiones del alcalde de Gerona, Sr. de Ribot y de Balle, de don Juan A. Pamiás, empresario del Gran Teatro del Liceo, de D. Luis Traver, de la Agrupación Lírica de Tarragona, del abogado don José M^a Pi Suñer, de Josep Llogueras, de las Escuelas Virtelia de Barcelona, de don José Guerrero Martín, de "La Vanguardia", entre otras.

El Casino Lloretense, denominado Club Marina en recuerdo de la ópera, se adhirió también al acto a través de una carta dirigida a la viuda Lázaro, a la que entregó también, al mismo tiempo que lo hacía el Ayuntamiento de la Villa y en el momento del descubrimiento de la placa, de manos de las Pubillas de Lloret, un ramo de flores.

Al terminar estas líneas, como lloretense, cabe agradecer a la familia del gran cantante, las facilidades dadas para que la exposición fuera una realidad. Igualmente quiero agradecer a la familia Sánchez, la cesión del busto de Lázaro que preside la sala, encargado en su día por el señor Juan Sánchez, de grato recuerdo, que profesaba al cantante una singular devoción.